

A veces la vida me viene grande. O quizá sea yo la que se vuelve pequeña ante tantas cosas que no entiendo. No lo sé. Tampoco sé por qué te quise tanto, por qué te sigo queriendo. Ni por qué me cuesta tanto olvidarte. No entiendo que puedas pasar sin mí, sin mis besos. Nadie me ha besado como tú, me decías. Y, sin embargo, prefieres no besarme. O quizá te mueres de ganas y no te atreves a reconocerlo. Es eso. Tiene que ser eso. Ha pasado tanto tiempo que no te atreves a acercarte por miedo a que esté con alguien, a que te diga que no, que ya no te quiero.

Pero ¿qué hago? ¿Te estás escuchando, Candela? Tengo que dejar de autoengañarme y de fantasear contigo. Mi eterno problema: mi empeño en idealizar lo nuestro, nuestra historia de amor. En idealizarte a ti. Siempre en lo alto, un paso por delante, siempre inalcanzable, siempre una pieza carísima de conseguir. Cuántas trampas me he encontrado a

lo largo de estos años. Y caí en todas. La primera, aquel primer día.

Recibí un mensaje en el móvil. Decía: «Pon música, que ya salgo para allá». A esas alturas yo todavía no sabía muy bien qué venías a hacer a mi casa un sábado por la tarde. No me creía que tuvieras interés por mí. Hacía un rato que había terminado de comer y para calmar los nervios que me producía tu visita, me duché y me vestí de manera informal. No quería que notaras que te estaba esperando impaciente.

Me puse un vaquero corto y desgastado que yo misma había cortado y una camiseta negra que caía ligeramente hacia un lado dejando al descubierto un hombro. En los pies, unas chanclas de playa que mostraban sin pudor las uñas esmaltadas para la ocasión en tono coral. El pelo recogido, sin maquillaje y el quemador de canela soltando aroma.

Al fin sonó el timbre. Salté como un resorte, pegué un respingo y miré el calendario ilustrado con escenas de clásicos del cine que había colgado en la cocina. Era 12. Ese día lo tenía marcado en rojo porque por la noche iba a un concierto. Sonreí y bajé a abrirte. Llevaba seis meses viviendo en aquella casa y todavía no había reparado el telefonillo. Varios años después dejaría la casa y aquel aparato seguiría sin funcionar. Bajé los peldaños de dos en dos. Las piernas me temblaban, pero las ganas podían a la inquietud que me provocaba aquel encuentro.

Abrí la puerta y allí estabas tú. Tan guapo, tan

alto, tan fuerte, tan, tan, tan. Así te veía yo: tan todo. Llevabas unos vaqueros y una camiseta blanca que destacaba tu bronceado. Una mirada, y tu sonrisa dejó al descubierto esos dientes perfectamente ordenados que muy pronto se iban a convertir en un escenario tan familiar para mí. Ni siquiera nos saludamos con dos besos. Ambos éramos conscientes de que aquella visita supondría un punto de inflexión en nuestra relación.

Entramos en casa y nos sentamos en el sofá. Sonaba música de fondo y te ofrecí un café. De nuevo tu sonrisa anunciando que no querías nada. «Un poco de agua», sugeriste finalmente. «Agua», pensé yo. ¡Menuda fiesta!

Traje el vaso y nos quedamos en silencio. En un último esfuerzo por hacer más llevadera la incómoda situación me preguntaste qué estaba haciendo. Improvisé algo, creo que te dije que estaba viendo una película y te enseñé algunos CD que tenía guardados en el mueble sobre el que se apoyaba la televisión. Intentaba ganar tiempo, no sé muy bien para qué.

Te diste cuenta de que tenías el control. Me miraste con ternura, esa mirada de cuando detectas que el otro lo está pasando fatal. Alargaste el brazo y golpeaste con la mano el sofá mostrándome el camino de vuelta, ese que estaba a punto de emprender.

Cerré la puerta del mueble, me acerqué adonde estabas y me senté junto a ti. Aun así, guardé una distancia prudencial porque mi agitado corazón me

alertaba de que comenzábamos a pisar arenas move-dizas. Volviste a sonreír al ver mi nerviosismo y en-tonces llegó aquella frase: «Ven aquí, tonta». No hizo falta. Fuiste tú quien se acercó y quien puso sus labios sobre los míos.

Ese fue nuestro primer beso. En realidad fue una primera toma de contacto porque yo me aparté en cuanto noté el roce de tu boca. Me incliné brusca-mente y me tapé la cara con las manos. De repente tuve miedo. De ti, de lo que podía suponer aquel beso.

Volví a mirarte y allí te encontré, con esa mirada verdeazulada tan cristalina que yo apenas podía sos-tener. Y tu barba, que ya había comenzado a salir y me pedía a gritos que la acercaras a mi piel. Y tu boca, esa media sonrisa perfecta que me anunciaba que en breve volverías a la carga.

«Tenía muchas ganas de saber cómo besabas», me dijiste. Empezaste a acariciar mis piernas y a be-sarme el cuello hasta que de nuevo tus labios se en-contraron con los míos. Y, entonces, ya no me pude separar.

Nos besamos durante un buen rato. Fue un beso suave, de reconocimiento. Nos estábamos presen-tando, dándonos a conocer.

Fuimos buscando recovecos, hasta aquel mo-mento desconocidos, y cuando nos detuvimos me di cuenta de que aquel beso me iba a complicar la vida. No sabría decir el motivo, pero me saltaron las alar-

mas. Lo intuí, aunque mi intuición se quedó corta. Muy corta.

Te levantaste y me cogiste de la mano. Me dejé llevar hasta la habitación y allí me desnudaste. De repente esa imagen me hizo alejarme por un instante de la agitación que me había provocado nuestro primer beso. Al verte casi desnudo en mi dormitorio supe que ya no había vuelta atrás, así que decidí dejarme llevar.

Al día siguiente recibí unas flores.

A partir de entonces fueron sucediéndose los encuentros. Sábados en mi casa, domingos en la tuya, cenas, visitas fugaces a la hora del café, escapadas de fin de semana, hoteles recónditos, viajes, desayunos. Citas siempre envueltas en un halo de misterio porque eran casi siempre improvisadas.

La adrenalina que me generaba la sensación de no tenerte seguro no era comparable con nada que hubiera experimentado antes. De repente, me parecía que estaba viviendo con los cinco sentidos. Te convertiste en el centro de mi vida y mis rutinas. Mi día a día era una película en blanco y negro si tú no aparecías en algún momento. Tú aportabas el color.

Nos escribíamos y nos llamábamos a cualquier hora. Nos dábamos los buenos días y tu mensaje de buenas noches era el que me permitía meterme en la cama con cierta paz. Nunca completa.

2. BERTA:

CANDELA A TRAVÉS DEL OBJETIVO

Creo que Candela es fotógrafa porque no podría haber sido nada mejor. Hay veces que la vida te coloca en el sitio adecuado para que todo encaje. Y a ella le encaja la vida en momentos, instantes congelados que luego recuerda para siempre. Por eso se acuerda perfectamente de cuando, tumbada sobre su padre en el sofá, se quedó dormida una tarde. Recostada sobre él, con la cara apoyada en su tripa, su pequeño cuerpecito se movía al compás que marcaba la respiración de aquel gigante protector. Y en ese momento hizo una foto. Y para siempre ha quedado en su álbum de recuerdos esa estampa de padre e hija compartiendo sueños sin hablar.

Por eso, cuando tantos años después, lo contempló de nuevo dormido e intubado y escuchó su respiración entrecortada notó un pellizco profundo al comprobar que esta vez no podría descansar sobre

él. Por un momento sintió que debía saltar sobre aquella camilla industrial y desalmada que cambia de inquilino con una frialdad pavorosa. Le dieron ganas de enroscarse a su lado y apoyar la cara sobre su pecho para que sintiera que estaba a su lado, que siempre lo había estado aunque la mayor parte del tiempo fuera en silencio. Y, de ese momento, también hizo una foto.

Unos metros más allá —lejos del bullicio de los pasillos del hospital— encontró un recodo donde pudo desahogarse y echar fuera todo ese miedo contenido. Y lloró, lloró un buen rato sin que nadie la viera. Y también entonces saltó el *flash* de esa instantánea que salió algo más borrosa y con los marcos de una polaroid.

Candela guarda tantas fotos de su vida que es imposible poner orden, organizarlas. El álbum de sus recuerdos se amontona. Y las montoneras no son buenas porque al final acaban por venirse abajo. Se vino abajo cuando vio el nombre de su abuela escrito en la puerta del tanatorio y cuando se asomó a ese escape rate en el que se muestra a los muertos en una especie de última voluntad de ser contemplados. Se le resbaló de las manos esa foto en la que se veía a sí misma apoyada en ese frío vidrio y al otro lado estaba su abuela, que ya no se inclinaba, ni la miraba, ni le hacía un gesto cómplice. Y se derrumbó y se encogió en una esquina y se quedó en cuclillas hasta que comprobó que su abuela ya no vendría a preguntarle por qué

lloraba. Y al resbalarse esa foto, se fue con ella parte de su infancia, de los veranos en la playa y de las horas muertas tomando el sol en la puerta de su casa. Y ese momento también lo fotografió.

Igual que hizo la foto de aquel día que su madre se hizo pis encima porque le dio un ataque de risa cuando salió de la habitación disfrazada y cantando sin apenas poder contener las carcajadas. Esa risa contagiosa, inabarcable. Esa risa de su madre la tiene puesta con un gran marco y paspartú en el umbral de su adolescencia.

Y es que lo que más le gusta fotografiar a Candela son primeros planos y sonrisas. Por eso hubo un tiempo en el que se colgó la cámara al cuello y dejó la vida pasar sin tomar ni una fotografía.

Al principio Manuel se convirtió en su modelo favorito, una suerte de musa de la que buscaba todas las posturas y poses posibles. Y fue colgando en su corcho mil imágenes del chico. Llamando a la puerta por sorpresa, guiñándole un ojo, riendo bien fuerte, mordiéndose el labio mientras sonreía tímidamente, agarrándola por la cintura, acariciando su piel, recorriendo con sus dedos el camino marcado por ella. Las piernas de ella abrazando su cuerpo, los brazos de él envolviéndola a ella. Su boca entreabierta mientras él le contaba la historia más interesante del mundo, los ojos de él mirándola de cerca.

Y así fue llenando su mural. Un mural que al final logró ocupar todas las paredes de su casa.

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

*Me gusta
tu cara y tu cruz
Tu frente, tu canto
y tu silencio
Me gusta
si me tocas
a contraluz
Y hasta tu miedo
cuando me notas*

#microcuento

Aquellos días me sentía la mujer más afortunada del mundo. No sabría explicar la sensación. De repente había surgido un cosquilleo constante en mi interior. Sucedió que mi sangre dejó su estado habitual para convertirse en una especie de champán suave. Pequeñas burbujas habían alterado mi tranquila circulación.

En ese estado de semiefervescencia fuimos provocando más encuentros. Yo te silbaba y tú venías. Te inventabas quedadas imposibles. Buscábamos huecos para vernos incluso cuando estábamos trabajando.

Aquel día estaba haciendo un reportaje a esa actriz de piel blanca, ojos verdes y facciones perfectas. Quería mostrar la sensualidad de aquella belleza tan frágil.

Te había mandado un mensaje en el que te decía que la localización era perfecta y que tendríamos

que volver a aquel restaurante otro día. Con un toque oriental y un ambiente muy zen, las mesas se distribuían de forma anárquica por todo el local, de modo que nunca tenías al lado a ningún comensal. Esa sensación de privacidad aportaba al lugar una gran intimidad y calidez. Inspiraba confianza. Invitaba a quedarse a disfrutar.

En las fotos también quedó retratada esa atmósfera agradable. Yo intentaba transmitir todo eso en el reportaje de aquella mujer. Su última película la encorsetaba aún más en cierta rigidez y ahora, con la entrevista y la sesión fotográfica, pretendíamos romper con su imagen fría y estereotipada. Y la dinamitamos. Saltó por los aires allí mismo.

Colocamos unos cojines enormes en el suelo, le soltamos su larga melena castaña e hice que se tumbara. Llevaba un vestido negro sofisticado y muy ceñido con unos detalles en verde en la parte superior. Eran lentejuelas que centelleaban según les incidía la luz. Los zapatos eran de infarto, de esos con los que resulta imposible dar un paso salvo que seas una diosa del celuloide. Ella lo era, pero, aun así, preferí que se tumbara.

Tomé varias fotografías en las que en el primer plano aparecían sus pies, uno calzado y otro desnudo. En ese escorzo, las piernas surgían ligeramente separadas, las rodillas apenas se rozaban y la cabeza quedaba apoyada en su brazo.

La postura era perfecta, solo faltaba la mirada. Y

entonces se lo dije: «Mírame como si te acabaran de echar el polvo de tu vida». Al principio sonrió e incluso se ruborizó levemente —no teníamos confianza para aquello—, pero después se fue metiendo en el papel. Ese rubor que había aparecido en sus mejillas de manera espontánea y natural nos sirvió de ayuda.

Se humedeció los labios y justo en ese momento me la dio. Hubo muchos intentos, pero me di cuenta perfectamente de que esa era la foto que quería. La boca entreabierta, la lengua acariciando suavemente el labio inferior y los ojos lanzando una mirada que me perdonaba la vida. Aquella mujer acababa de echar el polvo de su vida y yo había capturado el momento.

Tan buena resultó aquella interpretación que he de reconocerte, Manuel, que me excitó durante la sesión. Me puse en su piel y por un momento me imaginé tumbada contigo sobre aquellos cojines.

Por eso te mandé un segundo mensaje en el que te daba la dirección exacta del restaurante y te decía: «Si me buscaras ahora, me encontrarías». Cuando llegaste no me lo podía creer. Te habías plantado allí en medio de una sesión de trabajo. Y, claro, viniste a buscarme y me encontraste, como ya te había anunciado. Hicimos un receso para almorzar y entonces fue cuando decidimos hacer nuestro aquel lugar.

Con la mirada nos lo dijimos todo. Una señal y nos metimos en el baño de señoras. El corazón me

iba a mil por hora. Solo pensar que alguien nos podía encontrar allí me aterrorizaba, pero aun así entramos. Los servicios estaban al nivel del restaurante. Amplios, muy bien decorados y con una fuente enorme a la entrada que sirvió para amortiguar el ruido de los gemidos que vinieron a continuación.

Entramos en uno de los servicios y, al cerrar la puerta, comprobé que había un espejo en la parte interior. Nada más echar el cerrojo me metiste la mano por debajo de la falda, la subiste hasta el ombligo para encontrar el comienzo de las medias e introdujiste dentro tu mano. Al notar el contacto con tu piel me estremecí. Mis deseos se estaban cumpliendo. El genio de mi lámpara se había plantado allí mismo para hacerlos realidad.

Todavía no nos habíamos besado. Nos mirábamos de cerca y nuestras bocas dejaban salir entrecortado el aire. Manteníamos una distancia de seguridad cada vez menos segura y menos distante. Alargué mi mano y la puse en tu entrepierna. Ahora estábamos en igualdad de condiciones.

Sin pensarlo me lancé a tu boca y allí estabas tú para recibirme. Aquellos besos apasionados nos encendieron aún más. Tu mano siguió buscando zonas nuevas que explorar, mientras con la otra me quitabas la ropa. Cuando al fin me desnudaste, te agachaste y me vi reflejada en el espejo que tenía enfrente. Tú habías desaparecido. Habías ido al encuentro de tus manos. Tu lengua seguía el cami-

no que señalaban tus dedos y yo vi reflejada en aquel espejo la mirada que había captado en la actriz un rato antes. Y de aquel momento también hice una foto.

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA

*Me encanta
Mirarle sin que me vea
Observarle mientras está
concentrado, serio, ajeno
Y cuando está de otro modo
Me encanta igual*

#microcuento

PROPIEDAD DE
EDITORIAL PLANETA